



Historias de Mujeres



Viaducto del Puente de Amador sobre el Río Tajo en Aldeanueva de Barbarroya



Imagen aérea de Aldeanueva de Barbarroja (Toledo) en los años 50

La Alegría
ASOCIACION DE MUJERES



Introducción

La Asociación de Mujeres "La Alegría" de Aldeanueva de Barbarroya (Toledo), ha querido elaborar un libro en el que mujeres de nuestro pueblo nos contaran sus vidas.

Queremos poner en valor esas vidas duras, de mujeres que han trabajado, que se han esforzado en sacar adelante sus familias, que nunca medían lo que daban, que no han escatimado esfuerzos, que en momentos difíciles han apretado los dientes y han tirado para adelante. Que han disfrutado de la vida. Que han sido hijas, amigas, hermanas, compañeras, esposas, madres...Que han compartido alegrías y tristezas y que nos las han querido contar en este libro.

Queremos reconocer un trabajo que tradicionalmente ha sido responsabilidad de las mujeres y que nunca ha sido reconocido: el cuidado de la familia, de los niños y niñas, de los ancianos, de los enfermos, de la limpieza de la casa, la ropa, de la alimentación de toda la familia. Un trabajo que en muchas ocasiones era una doble jornada, trabajando en el campo y con los animales y cuidando de todos los demás. Un trabajo que a pesar de su gran importancia nunca ha sido remunerado.

Queremos agradecer a estas catorce mujeres: Victoria, María Fernández, Argimira, María Ramírez, Carmen García, Jesusa, Carmen Gómez, Araceli, Cecilia, Beatriz, Obdulia, María Propín, Amancia y Amparito su compromiso con el proyecto y el habernos contado su vida, retazos de sus recuerdos, para que pongamos en valor el trabajo que han realizado y para que las nuevas generaciones conozcan cómo era la vida de las mujeres en nuestro pueblo desde los años veinte del pasado siglo.

Algunas de ellas nos han contado su vida y nosotras la hemos transcrito, en otros casos han sido sus familiares o ellas mismas las que han escrito su historia. Las historias son transcripciones fieles que se han editado levemente, manteniendo el estilo.

Esta iniciativa la ha desarrollado la Directiva de la Asociación de Mujeres durante el año 2022. La Directiva está compuesta por:

Presidenta: Mercedes Ramírez Martín, Secretaria: Maruja López Fraile, Tesorera: Isabel Ramírez Velasco.

Vocales: M^a Jesús Ramírez Juárez, Felisa Agüero Ana, Consuelo García Ramírez, Esmeralda Ramírez González, Micaela Díaz López, Pilar Rivas López, M^a Espino Gómez Muñoz, Celsa Bodas Barrillo y M^a Carmen García Martín.

Noviembre 2022



Victoria Jiménez del Mazo

Nací el 20 de abril de 1921 aquí en Aldeanueva de Barbarroja. Mi padre se llamaba Juan Jiménez Castillejo y mi madre Aurelia del Mazo Luque.

Éramos cinco hermanos: Domingo, María, Emiliano, Victoria e Hilario. Mis padres tuvieron primero tres hijos, nacían muy guapos pero decían que les echaban mal de ojo y se les morían al poco de nacer. Mi padre y mi madre se fueron a la Argentina, a Mendoza, porque allí vivían unos tíos míos, mi madre estaba embarazada.

Fue un viaje muy largo, duró cuarenta días y en unas condiciones muy duras. En Argentina nació mi hermano Domingo y no tuvo ningún problema. Mi padre empezó a trabajar y le fue muy bien, allí también nació mi hermana María, pero las cosas se pusieron mal y mis padres decidieron volver a España.

Mi padre era podador, un triste podador, y mi madre era hija de un tratante, de un poco más nivel social. A mi padre siempre le llamaban para podar una finca que llamaban La Huerta y su sueño era que algún día esa finca fuera suya. Cuando volvió de Mendoza oyó que se vendía la finca y fue a preguntar por el precio, le dijeron, vale tanto y él dijo yo ofrezco tal cantidad, pero le dijeron que Leoncio Jorge ya había hecho una oferta y que no se podía vender por menos, pero lo que sí hizo el vendedor fue vendérsela a mi padre a ese precio pero que la primera cosecha se la quedara mi padre. Fue una cosecha muy buena y casi con la cosecha pagó la finca. A mi padre le empezaron a ir muy bien las cosas.

Compró una casa vieja y se puso a hacer un salón para el baile, los señoritos le decían que ya que se ponía que hiciera también un frontón y compró un cacho de la cerca de tío Jorge e hizo el frontón. Total que cuando terminó la obra le quedaron a deber 5000 pesetas, eso en aquella época era mucho dinero.

Para poder pagarlo nos fuimos a Madrid, mi padre trabajaba en un bar cerca del Hospital Militar, en Carabanchel, mi tía Elisa vendía bocadillos a los militares y mi hermano Emiliano y yo les vendíamos agua fresca.

Mi hermano Emiliano había tenido un accidente y había perdido un brazo, una marquesa se encaprichó de él (mi hermano era muy guapo) y quería que le pusieran una prótesis, pero no se le pudo poner. Entonces la marquesa nos regaló el traje de comunión a mi hermano y a mí. Hicimos la comunión en Campamento. Yo tenía 7 años y Emiliano 11. En Campamento estuvimos un tiempo, hasta que regresamos al pueblo. Como mi padre tenía el Salón alquilado, hasta que se quedó libre vivimos en la casa de Quintín y allí puso una tienda. Cuando ya terminó el alquiler, mi padre empezó a gestionar el Salón y le fue muy bien. Mi padre durante un tiempo hizo plaza de toros y trajo el cine sonoro al pueblo. Cuando mi padre empezó a gestionar el Salón yo tenía 7 años y desde entonces mi vida ha estado ligada al Salón.

De pequeña iba al colegio con Doña Eulalia, tengo una fotografía preciosa con mis compañeras y con ella. Aprendí lo imprescindible, pero aprendí lo suficiente, yo llevaba las cuentas en la cabeza.

Mis hermanos se fueron haciendo mayores y se fueron casando. Antes de la guerra, mi hermano Domingo que quería ser torero, se fue de casa sin decírselo a mi padre para dedicarse al toreo. Luego volvió a casa. Cuando empezó la guerra mi hermano Domingo se fue con los nacionales y no dijo nada en casa. Llamaron a mi padre del Ayuntamiento para ver si él sabía algo y mi padre les dijo: ni sabía nada cuando se fue de torero, ni sé nada ahora.



D^a Eulalia, maestra del colegio de niñas de Aldeanueva de Barbarroya, con sus alumnas en el año 1930

Mi padre en la guerra con todo el mundo se llevaba bien, lo mismo con los unos que con los otros, cuando echaban los mítines mi padre decía, aquí todo el mundo que venga tiene derecho a estar y yo soy de la parte de todos y a todos les dejaba entrar. Tanto los unos como los otros decían: "Juan la victora es nuestra" y mi padre les decía a la vez que reía: "No, la Victoria es mía", haciendo referencia a mi nombre. Mi padre era muy vividor, muy vividor. Mi madre era una mujer buenísima.

Pasaron los años, en aquella época vivíamos en lo que ahora es Casa Juárez yo me enamoré de Tomás el que fue mi marido y nos casamos, yo tenía 20 años. Con 21 tuve a mi primer hija, Pili. De esa casa yo salí de novia y allí nació mi hija Pili.

En esa época mi padre quería partir la herencia, el Salón no lo quería ninguno de mis hermanos porque realmente era para dos y luego eso no es nada bueno porque puede haber problemas de convivencia en la familia. Mi padre tenía obcecación porque me lo quedara yo. Mi marido era de campo y él no quería el Salón, pero respetaba mis opiniones y nunca se opuso a mis decisiones. A mí sí que me gustaba la idea, así que hablé con mi padre y le dije: "Mire usted padre, como ninguno de los hermanos lo quiere, yo que quedo con el Salón si la otra parte se la queda Domingo" (que en esa época ya era teniente del ejército y vivía en Alcoy).

Mi padre escribió a mi hermano, a éste le pareció bien y así lo hicimos. Yo le pagaba una renta, pero la gestión del Salón era mía. Con el tiempo le compré su parte y pasé a ser yo la propietaria.

En esa época yo tendría 23 ó 24 años y hasta ahora. Yo he sido la que ha peleado con toda la gente y gracias a Dios he luchado porque lo vivía, porque me gustaba. Para mí ha sido mi vida. Disfrutaba el público y yo disfrutaba con ellos. Empezamos haciendo música con un manubrio, a mi marido no le gustaba, así que yo tocaba el manubrio. Cuando terminó la guerra vinieron a ponerle las piezas. Lo poníamos los sábados y en las romerías. Teníamos unas canciones preciosas.

Después de la época del manubrio, empezamos a buscar músicos para tener música en directo en el Salón. Los traíamos de Calera, de Belvís,.... Después empezamos con la Discoteca, hemos ido evolucionando con los tiempos.

Tengo que reconocer que no he tenido problemas para llevar el negocio. A mí me gustaba mucho. Yo no tengo enemigos, para mí todos son buenos.

Me acuerdo perfectamente del día en que Pepe Bodas y Merce Ramírez se hicieron novios, ella entró sola en al Salón aquel día y salieron juntos. ¡Qué buena pareja han hecho! Pepe es muy listo, pero Merce vale mucho.

Para poder entrar al baile había que tener 18 años.

Os voy a contar una tradición que había en el pueblo y que se perdió hace tiempo: los "Gallos". Los "Gallos" era una fiesta que hacían los quintos. La fiesta de los "Gallos" era así: En la carretera colgaban una cuerda de árbol a árbol con los gallos e iban los quintos a caballo y con una cinta los mataban. Cada quinto traía un gallo y podía invitar a comer a cinco personas. Yo ponía la sopa y ellos ponían el gallo. Después de la comida, quitábamos las mesas y preparábamos todo para hacer baile y se divertían mucho. En el Salón también celebrábamos bodas, dábamos las comidas y hacíamos baile.

Hubo una época en la que en el Salón también tuvimos cine y frontón.

Por la tarde hacíamos baile y por la noche también, recogíamos corriendo para prepararlo todo. Era mucho trabajo. Recuerdo que estando en estado de M^a Luz, me dijo Doña Pepita, la mujer de Don Pedro: ¡Ay Vitoria, descansa un poco que con tanto trabajo vas a echar a la criatura! Parecía que iba a tener mellizos porque estaba muy abultada, pero yo no hacía caso, nada más que trabajar y trabajar. He trabajado mucho, embarazada, con las niñas pequeñas... siempre trabajando.

Nunca les dije a los músicos que dejaran de tocar, porque me gustaba verlos y que la gente se divirtiera. Y así ha sido mi vida. Yo he sido cabal, aunque también tendré mis faltas.

Algunas veces he tenido que coger dinero del mostrador de la bebida para pagar a los músicos, porque con el dinero de las entradas no sacaba dinero para pagarles. Para que viniera la gente al baile inventé sortear un mantel y otras cosas y con la entrada les daba el número del sorteo. En aquella época no había dinero, no lo había y no servía querer. trabajábamos al céntimo.

Yo he estado en el Salón toda la vida, desde los 24 años hasta que me jubilé, yo estaba allí perenne y después lo he alquilado muchas veces. He trabajado mucho, unas veces ganaba, otras veces perdía, pero siempre seguía "p´alante", como no había dinero para contratar a gente de fuera, yo limpiaba y yo barría.

Mi hija Pili ha apencado algo, hasta que se casó, pero la pequeña dijo que se iba y se fue y me quedé sola. Mi madre me decía: Vitoria ¿cómo te quedas tú sola con el Salón, el baile y todo?

Yo le decía: Madre, mis hijas saben que esto es quitar mierda de toda la gente y esto no es agradecido. Si ellas quieren irse pues que se vayan, que las va a ir bien y si por lo que fuera no les va bien, ellas saben que esto lo tienen aquí.

Les dí libertad para que ellas eligieran su trabajo y gracias a Dios les ha ido muy bien.

Para que veáis como es la vida, siempre que me hacían algún desperfecto en el Salón (rompían vasos, sillas, etc.) yo le decía a mi madre: Ojalá les mandaran a la cárcel de Mahón a los que lo han hecho.

Pues mira por donde cuando mi hija M^a Luz aprobó las oposiciones, la mandaron a Mahón y mi madre me decía: Con las veces que has mandado a la gente a Mahón y ahora se va tu hija allí. Cuando se incorporó a su puesto de trabajo yo la acompañé, no había montado nunca en avión, pero yo quería ir con mi hija que sólo tenía 18 años y ver el lugar donde iba a vivir y a trabajar.

La vida les ha ido muy bien a mis dos hijas.

Mi marido era el que estaba en la barra atendiendo al público, yo estaba con mi caja cobrando a la entrada. Si había algún problema ahí estaba Tomás. A mi marido no le gustaba el Salón, él tenía más mérito que yo, porque a mí me encantaba, yo lo vivía. Cuando le preguntaban si yo hacía lo que quería con el Salón, él siempre decía: "Le dejo que haga lo que quiera porque ella sabe lo que hace". Él siempre valoró mi trabajo y respetó mis decisiones. Y a pesar de no gustarle él llevaba el mostrador, algunos intentaban engañarle, no pagar las consumiciones, el tabaco, etc. Yo le decía con el tabaco: mira Tomás, cuando vendas una caja de tabaco, el dinero échalo en esta caja para que no se mezcle con el dinero de las bebidas. Al final dejé de vender tabaco porque se perdía dinero.

He estado viviendo en mi casa, en lo que siempre ha sido el Salón, hasta que he tenido 100 años, siempre acompañada de mis hijas, un mes con una y otro mes con otra, pero yo ya veía que ellas no iban a poder conmigo, ellas querían buscar una mujer para cuidarme, pero yo les dije que no, que prefería venirme a la Residencia de mi pueblo.

Ellas quisieron hacerme una habitación y un cuarto de baño en lo que era el antiguo Salón para que no tuviera que subir escaleras, pero yo les dije que no, que el Salón no se toca en lo que yo viva, tiene que mantenerse igual, y así lo tienen.

Tuvimos que esperar un tiempo hasta que hubo una plaza libre en la Residencia La Jara y en cuanto hubo una me vine sin dudar. A los 100 años entré aquí, no me trajeron, me vine yo. Y gracias a Dios, estoy a gusto. Desde el momento en que entré dije: Esto es un hotel de cinco estrellas, y lo sigo diciendo. Hay sus diferencias entre la vivienda y una residencia, es distinto, pero lo que yo pienso es que hay que ser humanos y comprender que tenemos que acompañarnos unos a otros y vivir aquí como hermanos. Y ya está. Saber que es difícil que todos seamos iguales, pero hay que conformarnos. Y no pensar en lo malo, nada más que en lo bueno.

Para despedirme os dejo con una poesía que escribí pensando en mis amigas del Hogar del Pensionista

*En Aldeanueva señores
un gran hogar se fundó,
donde vamos a reunirnos
para pasarlo mejor.*

*De ahí salió una pandilla,
con ganas de diversión,
todas nos queremos mucho,
lo digo de corazón.*

*Hacemos nuestros teatros,
decimos nuestras poesías,
y si vamos de excursión,
formamos la algarabía.*

*Si discutimos por algo,
que es una casualidad,
al momento se nos pasa
y aquí todo sigue igual.*

*Si viene la señorita
y dice, ¡a trabajar!,
todas estamos dispuestas,
pues hay que colaborar.*

*Aquí todas celebramos
el día del cumpleaños,
hay que ver con qué alegría
todas nos felicitamos.*

*Jugamos a los cinquillos,
nos llevamos los trofeos,
y con qué alegría nos vamos,
a disfrutar con los nietos.*

*Si llegan los carnavales,
pues no faltaría más,
todas sacamos disfraces
y hacer lo que las demás.*

*También a nuestros maridos
les tenemos que pedir
que tengan mucha paciencia,
nosotras somos así.*

*Que no hacemos nada malo,
esa es la pura verdad
pero los días que vivamos,
queremos vivir en paz.*

*Que tenemos muchos años,
¿y eso que tiene que ver,
cuando el corazón nos manda
disfrutar de la amistad?*

*Por eso nuestra pandilla,
sabemos aprovecharlo,
y aquí todas nos reunimos
para darnos un abrazo.*

*También a Dios le pedimos,
con alegría y humildad,
que vivamos muchos años
toda la tercera edad.*

Victoria Jiménez del Mazo
20 de abril de 1994.

*Para mí el
Salón ha sido
mi vida.*

*Disfrutaba el
público y yo
disfrutaba con
ellos.*





María Fernández Ramírez

Nací el 26 de marzo de 1926 en Aldeanueva de Barbarroya. Mi padre se llamaba Eladio Fernández y mi madre Margarita Ramírez.

Soy María Fernández Ramírez y en primer lugar quiero agradecer a la Directiva de la Asociación de Mujeres la Alegría, que tanto están haciendo por el pueblo y sus gentes, y a su presidenta, mi sobrina, Mercedes Ramírez, que se hayan acordado de mí para exponer muy brevemente algunas de mis vivencias como vecina del pueblo, que lo he sido a lo largo de noventa y seis años y aportar un pequeño grano de arena al conjunto de este compendio.

Para mí, un honor. Nací en calle la Paloma, número 13, dentro de una extensa familia con diez hermanos, aunque dos de ellos murieron a temprana edad.

Mi familia, como la de la mayoría de aldeanovanos, eran agricultores y ganaderos.

Tuve una infancia feliz, dentro de lo que cabe, porque nos tocó vivir en tiempos de guerra y posguerra. A los seis años empecé a ir a la escuela de Doña Eulalia, allí aprendí a leer, escribir y hacer cuentas, lo básico vamos. Asistíamos a clases de 9 a 13 horas, por la tarde no había. En los descansos y ratos libres, solíamos jugar a los alfileres, a la comba, a las chinas...

Hacia los ocho años, cuando salía de la escuela, me iba con algún familiar y tío Crispulo a cuidar de las higueras, para que no se llevaran los higos y en verano los melonares y el grano de la era, para que no se lo comiesen los pájaros.

A los nueve años, como los demás niños y niñas, tomé la primera comunión. Mi catequista fue Hipólita Ramírez, quien nos daba la catequesis, todas teníamos nuestro catecismo. El sacerdote que nos dio la primera comunión fue Don Ismael Sánchez. Solíamos estrenar vestido, algunas niñas iban de blanco; recuerdo que mi vestido era rosa y sandalias blancas. No se daban recordatorios, ni se iba por las casas de los familiares, como más tarde se hizo. Como recuerdo nos dieron un diploma de primera comunión, que aún conservo.

Como curiosidad, recuerdo que el señor cura, vivía en una casa alquilada a mis abuelos Aurora Pino y Pedro Ramírez “Varillas” en “las tres esquinas” y cuando llegaba algún mendigo le mandaba a casa de mi abuela, que vivían al lado, para que le diera algo de comer. Murió D. Ismael al principio y como consecuencia de la guerra, como tantos otros.

Cuando empezó la guerra civil tenía diez años y lo pasamos en el pueblo. Seguía yendo a la escuela, entonces mi maestra era Doña Luisa Vázquez.

Había dos escuelas para niñas, situadas en la actual primera planta del Ayuntamiento y otras dos de niños, estaban en la primera planta, encima del salón Murallas.

Para el aprendizaje, sólo usaba un cuaderno de “dos rayas”, había algunas chicas que tenían catón y enciclopedia.

Aquellos años de guerra, fueron tiempos difíciles, para todos.



Jueves de Comadres con mi amiga Tomasa

En mi casa, particularmente, no se pasó hambre porque siempre hubo matanza, grano, ovejas, vacas y lo que daba el campo. A veces, iba con mi madre al molino de Gargantilla a moler dos costales de trigo para hacer el pan de la casa.

En el año 1937, mi padre Eladio sufrió una parálisis y en el año 1940 falleció, por lo que mi madre, junto con mis hermanos y hermanas, tuvo que sacar la casa adelante.

Con unos quince años, me fui a aprender costura con Teresa Gayarre, en el taller, que estaba en la casa que hoy es de los descendientes de Hilario Jiménez “Murallas”, nos juntábamos unas doce chicas. Aprendí a coser a máquina, a hacer patrones, etc. De hecho, en mi casa era la que hacía la ropa para todos. El aprendizaje me costaba 15 pesetas al mes. Aprendí mucho con Teresa.

Aquella fue una época muy bonita, hacía muchas cosas que me gustaban, también empecé a ir al baile con mis amigas de toda la vida, Tina López, Carmen Martín, María López; pronto se juntaron también Severa Díaz, Tomasa Serrano y Arita García, jugábamos, íbamos de paseo, de jueves de comadre y todo lo que hacían las chicas de mi edad.

Cuando tenía alrededor de los dieciocho o veinte años, se continuaba construyendo la vía del tren que iba a unir Talavera de la Reina con Villanueva de la Serena (una vía que nunca llegó a funcionar). Don Benjamín, era “el Listero” de la vía, pasaba lista a los trabajadores. Vivía en nuestro barrio y empezó con las chicas y los chicos de allí a hacer comedias, nos juntábamos muchos, Julia y Flaviana “las Tabicas”, Constantino Vega, Nicasio “el Tostonero”, entre otros. Representamos una obra dos noches en Belvís; fuimos en el camión de tío Eugenio “el Gallinero”. A mí me acompañaba mi hermana Agustina, que en una maleta llevaba la ropa de la representación. En Aldeanueva hicimos otras dos representaciones más. Las pesetillas que nos pagaron por las actuaciones, se donaron a la Iglesia.

Por entonces empecé a salir, de forma “informal”, con el que llegaría a ser mi marido, Benito Bodas; formalizamos nuestra relación cuando tenía veintiséis años, después de que viniese de la mili. A los dos años de noviazgo, nos casamos, un 23 de noviembre de 1955, llevaba un vestido de novia de raso blanco y velo de tul que me hice y lo cortó Victorina “la Modista”. Por entonces, la mayoría de las novias se casaban de negro, también por diferentes motivos (luto, etc.).

Las bodas duraban tres días, la mía también. El primero, era de preparación, se mataron corderos, se hicieron dulces (flores, mantecados, perrunillas...); este día, sólo comimos los familiares más próximos.

El segundo, fue el día de la ceremonia de la boda; nos casó en la iglesia parroquial Don Clemente, a las diez de la mañana, había que estar en ayunas para comulgar. A continuación, desayunamos en casa de mis suegros Alfonsa y Esteban todos los invitados, chocolate y bizcochos. Era costumbre visitar después a las amistades, nos daban la enhorabuena, algún regalo o unas cinco pesetas. Después de esto y hasta la hora de la comida, tuvimos baile en el salón Murallas. Luego fuimos a comer (albóndigas, arroz con leche y vino de pitarra); los mozos, por el pueblo iban dando arroz con leche a la gente, mismo plato y cuchara, entonces no había covid.

Después de comer, hicimos el ramo, en la plaza de la Cuesta, consistía en que los invitados hacían un corro sentados en sillas, y nos sacaban a bailar una jota, tanto a mí como al novio, ahí nos daban el regalo. Como anécdota diré que a nosotros nos regalaron unas 3.000 pesetas en total, con ellas compramos una chota (novilla) que nos trajo mi hermano Enrique del mercado de Talavera y a los dos o tres meses se nos murió. Y es que ya se sabe el dicho: “los gitanos no quieren buenos principios”.

Ese día cenamos carne con patatas, fuimos al baile nuevamente y nos retiramos hacia las 24 horas a dormir, en casa de mis padres.

El tercer día desayunamos chanfaina, comida parecida a la cachuela, con todos los invitados y después, en carros, fuimos al Espino a ofrecer a la Virgen el ramo de novia y allí se repartieron tortas sobadas y vino.

Y así terminó nuestra boda, hacia las 12 del mediodía. Tanto la elaboración de la comida, como su consumo, se hizo en casa de mis suegros.

Nuestra primera vivienda, y durante cinco años, pertenecía a mis suegros y fue la que después sería casa de mis cuñados Magdalena e Hilario.

A los trece meses tuve a mi primer hijo, José Carlos. Nació en casa de mis padres, al igual que yo, en la calle Paloma, 13. La partera fue tía María Paz “la Reina”.

Dos años más tarde tuve a mi hija María del Mar, que nació en la casa ya citada, que nos dejaron mis suegros, en la calle Zorrilla, también con la asistencia de “tía Reina”.

Como a unos cinco años de casada, mis suegros nos repartieron la herencia; a nosotros, entre otras cosas, nos tocó un corral que tenía una casa vieja, en la calle Empedrada, 15; tiramos todo y empezamos a construir nuestra propia casa.

Durante la construcción, más o menos un año, estuvimos viviendo en casa de mi hermana Agustina y mi cuñado Marcial. Luego nos fuimos a nuestra casa, donde hemos hecho nuestra vida, hasta hoy.

Aunque hemos trabajado mucho, mi matrimonio ha sido muy feliz. Mi marido se iba al campo a trabajar, como se hacía entonces, de sol a sol; y yo, me quedaba atendiendo la casa, a mis hijos y al ganado.

La costura me gustaba mucho, de hecho, empecé a coser manteles de Lagartera y hacía uno pequeño al día, si no lo terminaba de día lo terminaba de noche. También cosía cuando llevaba las vacas a pastar, cuidando alguna linde.

A mis hijos les mandé a estudiar a Madrid cuando tenían unos doce años, a distintos colegios, internos y privados, casi era la única forma entonces.

Cuando mi marido cumplió 60 años, quitamos la ganadería, acogiéndonos a unas subvenciones europeas y a los 65 años, se jubiló.

Nos apuntamos a la Asociación de Jubilados del pueblo. Estuve en la directiva de la Asociación durante 14 años, junto con Julián Serrano, que era el presidente, Dionisio “Nisio” vicepresidente, mi cuñada Pilar Pino que era la secretaria (madre de José Manuel, actual alcalde), Felisa Ramírez, Luis “el guarda”, Ángel “el de los pájaros” y mi cuñada Magdalena García, madre de José Bodas (alcalde del pueblo durante 20 años).

En esta etapa viajé por toda España, incluso cogí el avión para ir a Palma de Mallorca. Lo pasábamos muy bien, nos disfrazábamos, hacíamos teatro, cantábamos, etc. Y hacíamos dos comidas al año, preparadas por nosotras para todos los jubilados.

Cuando mi marido salió como vocal en la directiva de la Virgen de la Paz, empezamos a hacer chocolate para todo el pueblo y seguí haciéndolo durante unos 35 años, acompañada y ayudada por mi cuñada Magdalena y cuando ésta falleció, por mi sobrina Emilia Velasco. Durante los días de carnaval, también lo hacíamos.

Cuando mi hijo estuvo en la directiva de la Hermandad de la Virgen del Espino, durante 12 años, y no podía venir por motivos de trabajo, ayudaba a la directiva y a las camareras en lo que hiciera falta, arreglando la ermita, haciendo limonada, etc.

A los 85 años, a mi marido le diagnosticaron Parkinson, y aunque lo empezaron a tratar muy a tiempo, le estuve cuidando hasta que falleció en el año 2017, con 94 años.

La verdad es que he tenido mucha suerte con esto de las enfermedades, no he estado enferma nunca, hasta que, en enero de 2021, con la dichosa tormenta “Filomena” me caí y me rompí la muñeca derecha y desde entonces físicamente he dado un bajón, de hecho me tienen que ayudar algo en las tareas del hogar; aunque gracias a Dios, la cabeza la mantengo más o menos bien.

María, en el centro de la imagen, acompañada de sus amigas de la Asociación de Jubilados celebrando el Carnaval.



La vida me ha dado muchas cosas, me ha dado dos hijos, dos nietos: Carlos y Jesús. Y ahora a mis noventa y seis años he recibido el mejor regalo que se puede tener. El día 21 de octubre de 2022 a las 11,45 h. ha venido al mundo mi biznieta Héctor Bodas Propín, hijo de mi nieto Jesús y de su compañera Gemma.

Deseo disfrutar de él tanto como he disfrutado de mis hijos y de mis nietos. Me llena de orgullo conocer una nueva vida y saber que nuestra familia sigue creciendo.



Y esto ha sido, hasta el día de hoy y a grandes rasgos, parte de mi vida y de mis vivencias, no pocas, pues cuando una mira hacia atrás, después de 96 años, ve que, gracias a Dios, ha transcurrido mucho tiempo.





Argimira Rivas Heras

Nací el 6 de mayo de 1929. aquí en Aldeanueva de Barbarroya. Mi padre se llamaba Marciano Rivas García y mi madre Maximiana Heras.

Yo era la mayor de cinco hermanos: Argimira, Pascuala, Cesárea, Pedro y Tere
Mis padres trabajaban en el campo y desde pequeña yo ayudaba en las tareas del campo. En casa teníamos gallinas, guarros, vacas de leche y chotillos.

De pequeña fui a la escuela de una mujer que nos daba clase, llevábamos nuestra sillita y allí aprendíamos las letras. Una de las mujeres que daban clase en su casa se llamaba Engracia y otra tía Felipa.

Conocí a mi marido Valeriano, nos casamos y tuvimos dos hijas: Sagrario y Gloria. Tanto mi marido como yo trabajamos mucho con el afán de que nuestras hijas pudieran estudiar y tener un buen trabajo y así fue, Sagrario trabajó en el Boletín Oficial y Gloria en la Delegación de Sanidad de Toledo. Los padres hicimos un gran esfuerzo para apoyar a nuestras hijas y que pudieran estudiar y tener una profesión.

En aquella época las mujeres trabajábamos tanto como los hombres, tanto con el ganado, como en el campo y además teníamos que trabajar en la casa, y cuidar de los hijos.

Ha sido una vida de mucho trabajo.

Tengo cuatro nietos de los que estoy muy orgullosa: Sofía, Mateo, Carlos y Cristina.

Ahora vivo en la Residencia de Aldeanueva y aquí estoy muy bien.

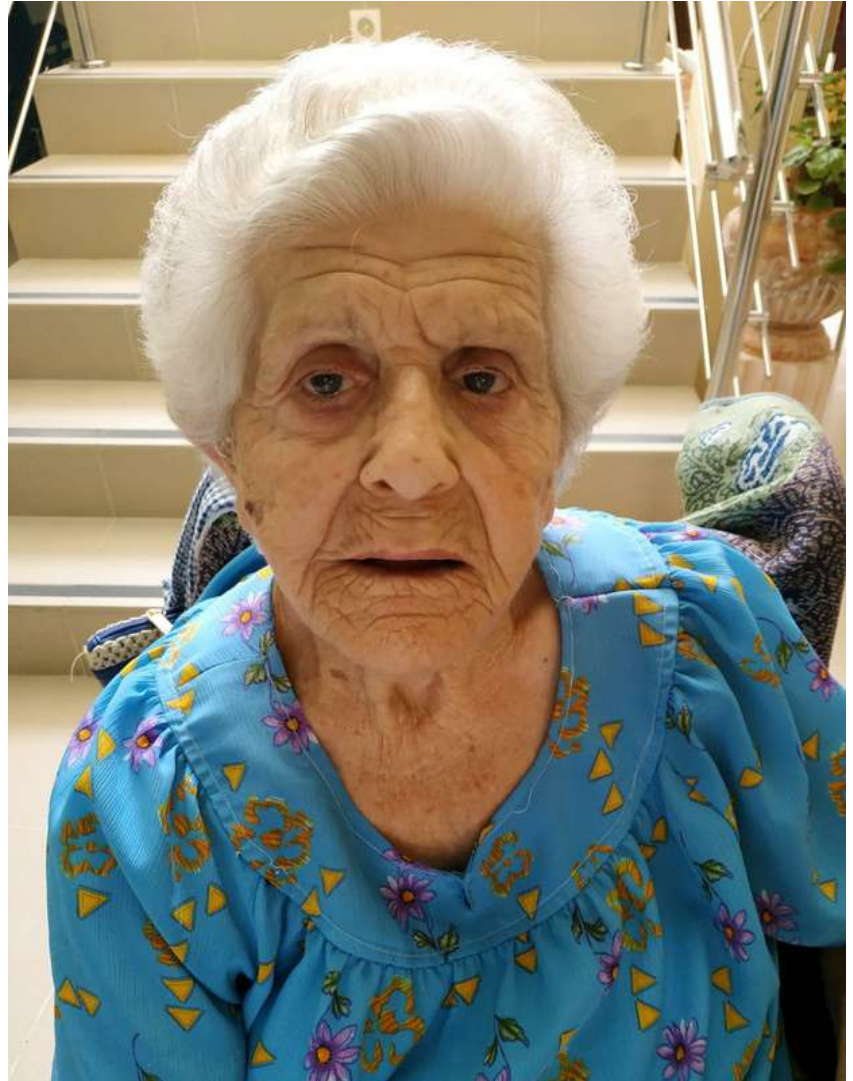
Os voy a decir un romance que aprendí en mi infancia:

*Camina la Virgen pura
de Egipto para Belén
y en la mitad del camino
el Niño tenía sed.*

*-No pidas agua mi vida,
no pidas agua mi bien,
que los ríos bajan turbios
y los arroyos también.
-Allá arriba, en aquel alto,
hay un viejo naranjel;
un ciego lo está guardando,
¿qué diera el ciego por ver?*

*-Cieguecito, cieguecito,
si una naranja me dier
para la sed de este niño
un poquito entretener.
¡Ay Señora, mi Señora!
tome usted las que quisier.
La Virgen, como era Virgen,
no cogía más que tres.
El Niño, como era niño,
todas las quiere coger.
Apenas se va la Virgen,
el ciego comienza a ver.
¿Quién ha sido esa Señora
que me hizo tanto bien?
-Ha sido la Virgen Pura
que va de Egipto a Belén.*

*Hemos
trabajado
mucho para que
nuestras hijas
tuvieran
estudios y una
profesión.*





María Ramírez Sierra

Nací el 3 de diciembre de 1930, aquí en Aldeanueva de Barbarroya. Mi padre se llamaba Dámaso Ramírez López y mi madre Gregoria Sierra Rivas.

Yo nací en la casa en la que vivíamos, en la Calle de La Iglesia, nací el día 3 de diciembre de 1930, aunque en el Ayuntamiento consta que nací el 4 de diciembre, como era la sexta hija se ve que no me fueron a inscribir hasta el día siguiente. Mis padres trabajaban en el campo, mis hermanos y yo les ayudábamos con los animales (cerdos, vacas, gallinas...) y también en las tareas de la casa. Éramos ocho hermanos y en casa nunca nos aburríamos.

Mis hermanos se llamaban: Eloy, Petra, Desiderio, Eugenia, Lidia, María, Julia y Antonio.

Mi padre falleció muy joven, a los 45 años, por problemas respiratorios. Yo aún no había cumplido los 10 años,, falleció el 14 de septiembre de 1940. Así que mi madre tuvo que sacar adelante ella sola a los ocho hijos. Pasamos muchas calamidades y trabajamos mucho para salir adelante.

Mis hermanos Eloy y Petra, que eran los mayores, se casaron al poco de morir mi padre. Petra era la madre de Andrés, el cartero. Él es mi sobrino y me ha ayudado para poder venirme a la Residencia del pueblo.

Cuando era pequeña fui poco tiempo al colegio. Mi maestra era D^a Luisa Velasco, con ella aprendí a leer y a escribir.

Yo ayudaba en casa y con el ganado. Lo mismo iba a segar, que a escardar o a sembrar garbanzos. No nos fuimos a servir ninguna de las hermanas, que entonces la mayoría de las mujeres se iban a servir, todas nos quedamos ayudando a nuestra madre. Quizás si nos hubiéramos ido a servir hubiera ido mejor la cosa. Pero nos quedamos y al final salimos adelante.

Mis hermanos se fueron casando, cuando yo me casé en el año 1972, mi madre vivía con mi hermano Antonio, el pequeño. Un año más tarde mi madre falleció, poco tiempo después mi hermano se echó una novia y se casó.

Yo conocía al que fue mi marido, Ignacio, de toda la vida, pero nunca nos habíamos guiñado el ojo, hasta que empezamos a ser novios. Cuando nos casamos yo tenía 41 años e Ignacio 42. Ignacio y yo tuvimos una vida muy buena, no tuvimos hijos, pero hemos pasado ratos muy buenos. Él era muy trabajador, hacíamos muchas matanzas, muchos chorizos, muchos adobos y lo hacíamos entre los dos. Teníamos mucho trabajo, no es para contarlo. No teníamos coche y mi marido se iba con un burro por esos pueblos a vender los chorizos.

Pasaron los años, Ignacio enfermó y yo decidí irme con él a la Residencia San Diego de Talavera, allí estuvo 10 años, estaba muy bien atendido porque yo estaba con él, él no quería estar solo. La mala suerte fue que me llamaron para operarme de la rodilla el día 10 de abril y desgraciadamente Ignacio falleció el día 15 de abril. él ya estaba muy malito, ya no podía ni tragar. Una vez que él falleció yo seguí viviendo en la Residencia de San Diego un año más.

Cuando me llamó mi sobrino Andrés diciéndome que había una plaza en la Residencia de Aldeanueva, no lo dudé, dije ahora mismo me voy a mi pueblo.

Yo me manejo bien, pero mi casa necesita muchos arreglos y estoy mejor aquí en la Residencia. Aquí me encuentro muy a gusto.

Ya no tengo ningún hermano vivo, la última que falleció fue mi hermana Lidia, hace 8 años, cuando tenía 86 años. Mi hermana Julia era muy guapa, bueno todas mis hermanas lo eran.

*Mi marido y yo
trabajamos
mucho pero
tuvimos una
vida muy
buena.*





Carmen García Iglesias

Nací el 18 de diciembre de 1930. aquí en Aldeanueva de Barbarroya. Mi padre se llamaba Inocente García García y mi madre Rufina Iglesias Hita.

Mi familia era muy numerosa, éramos ocho hermanos: Máxima, Luisa, Victoria, Leandro, Isabelo, Eugenia, otra hermana que falleció y yo que era la más pequeña.

Mis padres trabajaban en el campo, en el lagar de Pepe Bravo y también en los molinos del Tajo.

A los veintiseis meses me dió una parálisis y no podía andar. No podía andar sola por la calle. Mi padre me llevaba a todas partes, que crecía el río, mi padre me llevaba a los molinos para que lo viera, él me llevaba para que viera las matanzas, etc.

Yo no podía caminar pero jugaba con los otros niños, a las chinas, a la comba (yo era la que daba a la comba y cuando me cansaba dejaba de dar). Fui poco al colegio, cuando llovía no podía ir, pero sí que aprendí a leer y a escribir.

Cuando era pequeña todos mis hermanos me ayudaban a coger las cosas, me llevaban a distintos sitios, yo no era nerviosa, pero no me podía estar quieta, si mi madre me regañaba, rápidamente mi padre y mis hermanos salían a defenderme. Mi padre decía: ¿Pero qué le haces a la muchacha? Y mi madre decía: Si la regaño es porque se lo merece.

Desde muy pequeña aprendí a coser, con siete u ocho años aprendí a hacer calcetines con cinco agujas y mas tarde aprendí a hacer calcetines con talones, que eran muy laboriosos, también cosía manteles y hacía ganchillo y punto. Mi abuela y mi tía María cosían muy bien y ellas me enseñaron.

Yo me crié mucho con mi abuela paterna porque mi madre tenía que trabajar (jalbregar, lavar, tareas de la casa que siempre había cosas que hacer). Mi abuela tenía la casa pegando a la casa de tío Juan de la camioneta y a tía María Paz. Cuando pasó el tiempo mi padre quiso quedarse con la casa de mi abuela, pero a mí me gustaba más el Pílon de Abajo porque era más libre, más espacioso. Yo tengo allí mi casa, al lado de Carmen Pino y M^a Eugenia y Anselmo.

Cuando tenía 23 años me operaron de las rodillas y de los pies, estuve 13 meses ingresada en Madrid en el Instituto Nacional de Reeducción de Inválidos, en Carabanchel Bajo. Era un palacio del rey Alfonso XIII para los inválidos que vinieron de Cuba, cuando yo estuve allí éramos ciento y pico pacientes, nueve de ellos de los que estuvieron en Cuba y vivían allí. El hospital lo dirigían unas monjas y estaba dedicado sólo a enfermos de los huesos. El palacio era enorme, con los techos altísimos, con muchos cuadros, grandes jardines, lo que se dice un palacio.

La operación fue bien, me fijaron la rodilla y mejoré un poco, aunque seguía necesitando ayuda para caminar. Andaba con bastón y con andador. Solicité una paga y me reconocieron una minusvalía y aunque la paga era pequeña, algo ayudaba. Para arreglar todos los papeles tuve que ir a Toledo.

He viajado mucho, he ido a Estados Unidos, a California. Tres hermanos de mi madre y mis primos vivían en California, unos en San Francisco, otros en Santa Clara y otros en San José.

He conocido todas estas ciudades, también San Diego, el Río Grande, el Río Colorado.

Una vez que vinieron mis tíos al pueblo me preguntaron que si me daba miedo montar en avión y yo les dije que no, que lo que me daba era mucha envidia la gente que montaba en avión y que me haría mucha ilusión poder montar en uno. Y así fue cómo en 1960 viajé por primera vez a California. El viaje fue muy largo, primero fui de Madrid a Portugal, a Lisboa, luego de Lisboa a Nueva York y por último de Nueva York a San Francisco. Estuve doce horas en avión cruzando el Océano Atlántico. En el avión todo el mundo fue muy amable conmigo, estuvieron todo el vuelo pendientes de mí, preguntándome si estaba haciendo bien el viaje. Estuve seis meses en Estados Unidos y cuando se iba a terminar el tiempo de estancia me lo volvieron a renovar para que pudiera conocerlo bien. En total estuve allí un año. Me llevaron a conocer muchos lugares, además de los que he indicado anteriormente también conocí Nevada y ví el desierto y las reservas de los nativos americanos. Un tío mío vivía en San Francisco en la calle Jefferson y el otro vivía en las afueras porque trabajaba en Oakland, para llegar a su casa desde el trabajo cruzábamos el Puente de la Bahía. También he cruzado muchas veces el puente del Golden Gate.

Todos mis primos y tíos también querían ir a Estados Unidos, pero mis tíos "americanos" pensaban que como yo no había tenido otras oportunidades en la vida era yo la que tenía que hacer el viaje, conocer nuevos lugares y disfrutar de ellos.

Pasados los años volví a ir a San Francisco y estuve allí cuarenta días.

También pasé una temporada en Barcelona porque un primo mío se casó con una chica de allí.

Una época de mi vida estuve viviendo en Madrid. Cuando Mari se casó, compró un piso en Madrid, al morir mi padre , mi madre y yo nos fuimos a vivir con ella (Mari se había quedado sin madre cuando sólo tenía quince meses y la crió mi madre). Su nombre es M^a Eugenia pero nosotros siempre la hemos llamado Mari. Cuando mi madre murió yo me quedé a vivir con Mari, que para mí ha sido como una hermana.

Ahora vivo en la Residencia de Aldeanueva porque pensé que para estar en una residencia, estoy aquí en mi pueblo, donde conozco a todo el mundo y estoy tan a gusto.

*He viajado
mucho y he
disfrutado
mucho
conociendo
nuevos lugares.*





Jesusa Juárez Jiménez

Nací el 28 de noviembre de 1932 en la Calle Empedrada, donde ahora está el Hogar del Pensionista. aquí en Aldeanueva de Barbarroya. Mi padre se llamaba Anastasio Juárez y mi madre Andrea Jiménez.

Éramos diez hermanos: Pascuala, Ascensión, Jesusa (yo era la tercera), Cecilia, Angelines, Simona, Pepe, Julia, Consuelo y Enrique. Como he dicho antes yo nací en la Calle Empedrada, luego nos fuimos a vivir al Pozo Concejo, de ahí nos cambiamos a la Calle Real Baja, donde nacieron muchos de mis hermanos. Mi padre tenía una finquita en el campo y en verano nos íbamos allí a trillar y le ayudábamos a extender la parva y allí jugábamos mis hermanas y yo. Jugábamos a hacer barro que era muy pegajoso y con él hacíamos pucheros, botijos, cantarillas, etc, hacíamos todo lo que veíamos en la finca, también intentábamos hacer una yegua, cerdos, ovejas y los animales que veíamos.

Teníamos perales e higueras y recogíamos las peras y los higos para nosotros y también para los cerdos. En la finca en verano trillábamos y si se caía un carro de garbanzos lo teníamos que recoger. Nos gustaba mucho venir al pueblo, pero como éramos muchas hermanas, mi padre lo echaba a suertes entre nosotras, cogía unas pajitas y la que sacara la más larga era la que iba al pueblo con él, las otras se quedaban en la finca.



De izquierda a derecha: Cecilia, Ascensión, Pascuala, Jesusa, Angelines, Simona, Julia y Pepe

Un día le dijo mi madre: Ascensión tiene el pelo muy mísero, habría que cortárselo para ver si le sale más fuerte y un día que se vino mi madre al pueblo, empezamos todas a decirle a mi padre que nos cortara el pelo y después de insistirle mucho, el hombre nos lo cortó a Ascensión, a Cecilia y a mí. Cuando regresó mi madre del pueblo y nos vió se disgustó mucho al vernos a las tres con el pelo corto. La culpa no fue de mi padre, sino nuestra por insistirle tanto. Cuando llegaba la noche nos poníamos todos alrededor de la lumbre y mi padre nos contaba historias.

Cada vez que iba a Talavera al mercado, nos traía caramelos, se sentaba junto a la mesa donde había puesto los caramelos y nos los iba repartiendo. Mi hermana Angelines que era muy "picarilla" le decía: Padre a mí me ha dado uno menos que a las otras y mi padre le respondía: No, te he dado los mismos que a las otras, pero tú me quieres engañar.

Recuerdo que cuando mi padre castraba las colmenas mi madre hacía el aguamiel. Primero echaba las calabazas en agua de cal, luego la lavaba mucho mucho para que se quedara bien limpia, después cocían la calabaza con agua y con miel. Eso estaba buenísimo.

Cuando ya éramos mayorcitas empezamos a ir al baile de Tía Vitoria, era la manera de divertirnos entonces. Los chicos te sacaban a bailar y si querías bailabas con el que te sacaba y si no querías pues le decías que no. Yo me arreglé con Ramón Ramírez, él era mayor que yo, me sacaba siete años, pero yo me encapriché de él, me parecía más formal. Durante el noviazgo salíamos de paseo, también íbamos el Jueves de Comadres a comer la tortilla y a los tres años de ser novios nos casamos. Celebramos la boda en familia, la familia de Ramón y la mía.

La casa en la que vivimos, en la Plaza La Cilla se la compramos mi marido y yo a un hermano de mi suegro, con nuestro trabajo la pagamos. Mi marido trabajaba en un olivar muy grande que tenía, también trabajó en la construcción del Pantano de Azután y para las cacerías con un camión para llevar todas las cosas. Yo trabajaba en la casa, cuidando a mis hijos, tengo cinco hijos, a los dos años de casada tuve a Eugenio, luego nació M^a Jesús, después Rosa, más tarde Conchi y por último Ramón el más pequeño y también cuidaba a mi suegra que vivió con nosotros casi treinta años. Por la mañana arreglaba a los niños y arreglaba la casa y por la tarde me iba a la Fuente Blanca a lavar la ropita. Cuando volvía de la Fuente Blanca con toda la ropa mojada en el cesto (lo traía al cuadril) eso pesaba una barbaridad y el cubo del agua en la mano. Mis niños siempre bien limpios y con la ropa que daba gusto, que olía al agua zarca. Ese agua de la Fuente Blanca era muy buena.

Cuando llegaba de lavar me tenía que poner a hacer la cena. Cocinaba con la lumbre, lo primero que tenía que hacer era encender la lumbre y luego poner la sartén y liarme a guisar. La cocina de gas la compré cuando nació M^a Rosa y tiene 59 años. Eso fue un gran avance.

Luego por la noche mi suegra se venía a acostar con nosotros y les contaba cuentos a los niños para entretenerlos porque entonces no había televisión, eran historias graciosas y todos nos reíamos con ellas.

A los once años mi hijo Eugenio se fue a Segovia a estudiar con los curas, pero no le gustó y se vino porque no quería ser cura.

Mi marido y yo nos compramos un coche y toda la sierra de Gredos la hemos pateado bien, que si a Arenas de San Pedro, que si a los Toros de Guisando o a Candelada. A Talavera hemos ido mucho. Me gustaba ir a la feria. También nos gustaba ir a las excursiones de la Asociación de Mujeres y de los Jubilados.

*He tenido una vida
muy feliz, gracias a
Dios. Mi marido y yo
hemos trabajado
mucho, pero también
lo hemos disfrutado.*



Carmen Gómez Velasco

Nací el 9 de mayo de 1933, en Aldeanueva de Barbarroja. Mis padres se llamaban Mariano Gómez González y Constanza Velasco Bodas.



De izquierda a derecha: Pepe, Carmen, Mariano y Constanza

Mis padres tuvieron cinco hijos, dos de ellos murieron muy pequeñitos, uno con tan sólo 19 meses, otra hermana falleció cuando tenía veintiséis años, eso fue durísimo.

Como yo nací antes de tiempo mis padres aún no tenían cuna y me acostaban en un cajoncito.

Para hacerme las papillas echaban unas migas de pan en un pucherillo, unos anises y eso eran las papillas.

Cuando era pequeña vivíamos en unas casitas que hay cerca del cordel, eran siete casitas que estaban junto al campo. Nuestra vida era muy sencilla, teníamos poco y poco necesitábamos para ser felices. Allí había cuatro o cinco muchachitas de mi edad y todo el día estábamos en la calle, en el campo, allí no teníamos juguetes pero nosotras jugábamos a las casitas con trocitos de tazas que eran nuestros cacharros, para elegirlos contábamos hasta 20 y a la que le tocaba elegía el mejor y así sucesivamente. Cogíamos una amapola y le hacíamos un agujero y luego cogíamos flores amarillas y las íbamos metiendo dentro, nos las poníamos en nuestras trenzas e íbamos tan chulas por aquellos campos. No teníamos qué comer, pero divertidos estábamos un rato.

A la escuela fui poco tiempo, allí aprendí a leer y escribir. También aprendí a hacer cuentas.

Había un vecino Juan Manuel Plaza, que tenía una guitarra y todas las noches hacía baile en el barrio. a los pequeñitos nos cantaba la canción "Agáchate Pedro, agáchale Juan" y para los mayores tocaba la jota. Venían de otros barrios a bailar con nosotros. Así pasamos la infancia.

Luego cuando crecí, con una tía mía que era dos años mayor que yo, que se llama Celia, nos mandaban a las dos a cuidar los melonares, para que no nos quitaran los higos ni los melones. Una vez estábamos en un melonar cerca de Barbarroya, vinieron los de Belvis y nos quitaron los melones.

Pasaron los años y donde está ahora la panadería hizo mi abuelo una casa y lo que es ahora la casa de M^a Luisa y Ángel ahí puso mi padre una taberna. Mi padre se iba a ganar el jornal con los Medina, el día que lo tenía, y mi madre se quedaba en la taberna. Se levantaba muy temprano para fregar la taberna y que estuviera todo limpio para cuando se abría al público. Luego mis padres compraron una casa en la calle La Paloma, allí es dónde hemos vivido Rafa y yo, mi madre arriba y nosotros abajo, enfrente de Felisa y Enrique. En esa casa puso mi madre una tienda de comestibles, para así entre la tienda y el jornal de mi padre salir adelante. Cuando mi hermano Pepe se hizo mayor se fue a Alemania y allí estuvo trabajando once años. Recuerdo que D. Nicolás, el maestro, le dijo a mi madre que dejaran estudiar a Pepe porque valía para ello, pero mi madre le dijo que tenían sólo el jornal de mi padre y que los estudios eran caros.

Rafa y yo nos casamos y hemos tenido una vida en común muy larga. Rafa siempre ha trabajado mucho, todo lo que diga es poco. Cogíamos las almendras para un señor y yo hacía las cuentas. Me compraron un libro de los Mochuelos, que venían las cuentas ajustadas, tantos kilos, a tanto el kilo y te viene la solución. Gracias a ese libro yo echaba las cuentas.

Como decía antes, Rafa trabajaba mucho con el bar y por eso hemos podido viajar poco, alguna excursión, una boda a Bilbao y poco más.

Yo tenía a mi madre y he disfrutado mucho de ella y ella de mí. Mi madre falleció a los noventa y seis años, estuvo viuda dieciocho años y como teníamos las casas al lado siempre estábamos juntas. La he cuidado con todo mi cariño.

Cuando éramos niños en aquellos campos, nos íbamos a comer y cada uno sacaba lo que tenía: un gazpacho, un trozo de pan con queso y comíamos todos juntos, parecía que estábamos en una finca. Y por la noche a cenar rápido para estar preparados cuando salía Juan Manuel Plaza con la guitarra para animar a los vecinos. Este señor tenía tres hijos: José Antonio, Emiliana y Narciso, al que todos llamábamos Siso. Mi madre tenía gallinas para criar pollitos y Siso era como un abanto, alguna vez sin querer pisaba a los pollos y le llamábamos "Siso matapollos".



Carmen con Constanza, su madre

Nos divertíamos mucho con él, también con Nana y Luisa la "Cachupa", Nico, Pedro y Marciana que venía de otro barrio, nos lo pasábamos muy bien. éramos siete vecinos, los mayores eran Cecilia, los de la tía Inés la "Cestera" y los de tío Mariano "Meriquino". Tía Ángela tenía ocho o nueve hijos y los había de todas las edades y con tantos niños como nos juntábamos era muy divertido.

Siempre he tenido muy buenas vecinas, tanto en la infancia como luego de mayor en la Calle La Paloma. Con Felisa he tenido mucha ayuda, si a mi madre le daba un mareo, rápido llamaba a Felisa y Enrique y ellos me ayudaban. Mi hermano Pepe se vino de Madrid los últimos años, él me ha ayudado mucho y hemos disfrutado mucho. En invierno, después de comer, Rafa se iba en la moto al bar y nosotros bajábamos a la era, Pepe cogía su costura, se ponía a coser al sol y yo me dedicaba a las flores, a quitar las hierbas. Cuando venía mi prima Quina hacíamos una tortilla y nos íbamos a cenar allí. Lo hemos disfrutado mucho.

Actualmente Rafa y yo vivimos en la Residencia de Aldeanueva hasta que Dios quiera, Rafa está muy malito, yo le acompaño y estoy junto a él. Me gusta inventar poesías dedicadas a la Virgen. Estas son tres de ellas:

*Es la Virgen del Espino
la patrona de Aldeanueva
alcaldesa de este pueblo
donde todos la veneran.*

*A tí acudimos madre,
muchos favores pedimos
protégenos madre nuestra
Virgen Santa del Espino.*

*Es la Virgen de la Paz
con su niño y su bandera
muy querida y muy amada
en el pueblo de Aldeanueva.*

*Protégenos madre
cúbrenos con tu bandera
danos Paz, Amor y Cariño
y en ello la vida eterna.*

*Virgencita del Espino
madre de amor y misericordia
mucho nos acordamos de ti
porque estás en tu ermita sola.*

*Cuando te visitamos
Virgencita del Espino
porque Aldeanueva te quiere
y siempre estará contigo.
Cuando nos despedimos
ya nos vamos muy contentos
porque hemos visto a nuestra Virgencita
que es nuestra madre del cielo.*

*De pequeños
teníamos poco
y poco
necesitábamos
para ser felices.*





Araceli y Juan, su marido

Araceli Rodríguez Bodas

Nací el 25 de julio de 1933 en Aldeanueva de Barbarroya. Mi padre se llamaba Antonio Rodríguez y mi madre Eladia Bodas.

Nací en esta misma casa en la que vivo, en la Calle La Iglesia N° 1. Éramos tres hermanas, yo era la mayor, luego iba Nieves y Carmen era la más pequeña.

Cuando era pequeña me gustaba mucho hacer muñecas de trapo, les hacíamos la camita con una cajita de cartón y así jugábamos, también les hacíamos vestidos.

Mi padre era herrero, tenía una herrería, nosotras como éramos niñas no podíamos ayudar en la herrería, por eso teníamos que tener gente de fuera, mi madre preparaba la comida para todos los que trabajaban en la herrería, teníamos una mujer que se encargaba de lavarles la ropa y de la limpieza de ellos.

En mi infancia éramos muchas las niñas que jugábamos en el barrio. La escuela la teníamos aquí al lado, en el Ayuntamiento y el recreo lo hacíamos en la Plaza La Cilla. Mi maestra se llamaba M^a Luisa Garzón Nieto, con ella aprendí a leer, a escribir, a hacer cuentas, a hablar más de la cuenta.... porque recuerdo que hablaba mucho y más de una vez me han castigado por eso.

Yo tenía muchas amigas y lo pasábamos muy bien, con ellas jugaba a la comba, a las chinas, a pares y nones, a los alfileres, que se jugaba así: Cerrábamos la mano con un puñadito de alfileres pequeñitos y decías: ¿cabeza o punta? La otra niña elegía una de las dos cosas, si acertaba ella se los llevaba, si no acertaba te los quedabas tú.

A veces cuando estábamos jugando a los alfileres venían los niños, nos daban en la mano y los alfileres salían volando por los aires, luego salían corriendo y nosotras detrás de ellos.

Luego pasaron los años y me eché un novio, Juan García, nos conocíamos de siempre pero nuestro noviazgo empezó en el Salón de Vitoria. Al salón yo iba acompañada de mis hermanas, aunque tenía novio tenían que venir ellas, en aquella época la costumbre era no salir sola con el novio, así que siempre teníamos que ir acompañadas de alguien. Nosotros fuimos novios siete años, desde los diecisiete que tenía cuando empezamos hasta los veinticuatro que tenía cuando me casé. He tenido cuatro hijos, dos chicas y dos chicos. Esa época fue de mucha dedicación a los hijos, luego cuando se hicieron mayores se fueron a estudiar a Madrid. Juan Antonio, el mayor, es ingeniero, Fernando es médico, M^a Rosa, la tercera, es informática y tiene su propia empresa y Sagrario, la pequeña, que es psicóloga. Cuidar de los niños no era nada aburrido, porque no paraban. Entre ellos se llevan dos años, cuando uno iba a cumplir dos años ya iba a nacer el siguiente.

He tenido una buena vida, larga y disfrutada, una buena familia, buenos padres y hermanas, buen marido y buenos hijos (buenos estudiantes y muy trabajadores) y muy buenas amigas yo las quiero mucho y ellas me quieren a mí.

Tengo a mis vecinas y otras dos pandillas.

Me gusta mucho relacionarme con otras personas, estar integrada en la sociedad, me gusta hablar, hacer comilonas en una piscina que tengo cerca de la carretera, allí lo pasamos muy bien, charlamos, contamos chistes y nos divertimos. Tengo una vida sencilla, de pueblo, pero muy feliz, disfrutándola cada día.



Araceli con sus amigas: Jesusa, Olvido, Loli, Angelines, Fernanda, Victoria, Cecilia, Eugenia, Pili y Emilia.



De izquierda a derecha: Carmen Heras, Carmen Pino, Elvira, Manolo, Pilar Muñoz, Eugenia, Vidal, Julia, Sagrario, Araceli Agüero, Araceli Rodríguez, Julia Velasco, Carmen Rodríguez, Petra, Anselma, Emilia, Almudena, Esperanza, Carmen Pino, Obdulia y Fuencisla.

*He tenido una
buena vida, larga y
disfrutada, una
buena familia,
buenos padres y
hermanas, buen
marido, buenos
hijos y muy buenas
amigas*





Cecilia, Carmen (de Belvis) y Jesusa

Cecilia Juárez Jiménez

Nací el 10 de enero de 1935, en Aldeanueva de Barbarroya. Mis padres se llamaban Anastasio Juárez y Andrea Jiménez.

Nací en una familia en la que ya había tres niñas, yo era la cuarta y mi padre al enterarse se puso tan contento, decía ya son cuatro niñas y yo tan contento con ellas.

Fuimos una familia muy numerosa, diez hermanos, ocho chicas y dos chicos. Mis padres vivían de alquiler en el Pozo Concejo y yo nací allí, luego nos cambiamos a la calle Real Baja, allí teníamos mucha juerga porque no faltaban vecinas que fueran a visitarnos, como éramos muchas hermanas juntábamos una buena panda. Mi madre siempre decía: "Donde hay muchos, muchos más vienen".

La boticaria, que vivía por encima de nosotros, tenía una sobrina a la que no dejaban beber agua si no era hervida, ella en verano, en cuanto llegaba a mi casa nos decía: "No le digan nada a mi tía, pero denme de beber del botijo, que el agua está muy fresquita". También tenía un sobrino que se llamaba Ramón y al que le encantaban las peras que mi madre solía poner en unos cestos cuando era temporada (teníamos unos perales en "Los Horcajuelos"), siempre que iba a casa le preguntaba a mi madre :¿Me puedo tomar una pera? y ella siempre le decía: Hijo, come todas las que quieras.

De aquella época recuerdo una trastada que hicimos mi hermana Jesusa y yo. Teníamos un pastor que se llamaba tío León y mi madre la noche de Nochebuena le mandaba un chorizo y unas cosillas para que fuera una cena un poco especial, que no fuera el típico cocido. Jesusa, que era más atrevida, rellenó una tripa de cerdo con tierra "colorá" y se lo cambiamos por el chorizo que había puesto mi madre.

Cuando llegamos le dijimos: "Tío León ha mandado mi madre un chorizo para usted". El dijo: Vale, sacó la navaja y al cortarla salió todo la tierra. Nos regañó diciendo: "Me habéis fastidiado la navaja, me la habéis fastidiado". Pero no pasó nada más. Quisimos gastarle una broma, como niñas que éramos.

En el campo nosotras trabajábamos dando los costales al carro, ayudábamos en la era con la parva. Mi padre, que tenía mucha paciencia con nosotros porque todos queríamos ayudar, le daba a la más grande el cacharro más grande, a la segunda el segundo cacharro y así hasta el más pequeño al que le daba una latilla y le decía: "Mira el más chico y lo hace mejor que la más grande". Nos entretenía mucho. Jugábamos con él. Mi madre hacía un corrito con nosotros a la lumbre y nos enseñaba a rezar, en aquella época no había catequesis y ella era la que nos enseñaba a rezar para luego poder hacer la comunión. Nos enseñaba la salve, el yo pecador, a persignarnos y nos enseñaba que al entrar en la iglesia cogiéramos agua bendita y dijéramos: "Agua bendita de Dios consagrada que limpie mi cuerpo y salve mi alma". Y los domingos cuando nos vestía para ir a la iglesia también nos decía una oración que yo también enseñé a mis hijos y que ellos aún recuerdan.

Recuerdo con mucho cariño una anécdota que me ocurrió cuando tenía catorce años, eran las fiestas de San Juan y mi padre me llevó a Puente del Arzobispo a las fiestas, íbamos con otro señor, que iba todos los años, y dos burros.

Yo me lo pasé muy bien, me dieron veinticinco pesetas para que me gastara, yo me iba gastando el dinero y cuando tenía quince pesetas me quise comprar un collar de perlas precioso, pero claro ya no podía, porque el collar costaba dieciocho pesetas, pero regateando me lo dejaron a dieciséis pesetas, pero aún así me faltaba una peseta. En esto que llegó una chica de Aldeanueva que se llamaba Dominga con su novio y me preguntó que qué me pasaba, yo le conté que me faltaba una peseta para poder comprarme el collar que me gustaba. Ella le dijo a su novio: "Anda dale la peseta que le falta y así se puede comprar el collar, con lo guapa que es, cómo se va a ir sin el collar". Y el novio me dió la peseta y me pude comprar el collar. No lo olvidaré nunca, regresé al pueblo más contenta con el collar que nos veas. Volví de Puente en un camión de los Propines.



Cuando tenía dieciseis años iba al baile con mis hermanas y bailábamos con distintos chicos, unos te gustaban más y otros te gustaban menos, a mí me gustaba bailar con los que bailaban mejor y también con los más simpáticos. Con los que no me gustaba bailar era con los que querían propasarse, si querían apretar había que poner la mano para que se separaran. En nuestra juventud había baile por la tarde y baile por la noche. Mi madre nos daba una peseta a cada una para que fuéramos al baile de por la tarde, pero para el de por la noche, después de cenar, mi madre daba una peseta para el baile a las tres mayores, a Pascuala, Ascensión y Jesusa y cuando llegaba a mí me decía: "Hija tú no vas que eres más chica". Yo empezaba a rogarle que quería ir y mi vecino Jesús Velasco (que luego fue mi cuñado) me decía, anda arréglate que yo te lo pago.

Un día las vecinas decidimos ir a por agua para hacer gazpacho para cenar a una noria que daba un agua muy fresquita, enfrente había una era y Fidel Pino, el que luego fue mi marido, estaba haciendo la mili y había venido con permiso, nos encontramos allí y nos dijimos adios. Yo pensé, este chico no ha bailado nunca conmigo, si me sacara a bailar, bailarí con él. Él miró para atrás y pensó: "Estoy yo pensando que quiero echarme una nueva novia (él se había dejado con la suya) y esta chica me gusta". Llegó el día de la Virgen de agosto y vino a bailar conmigo.

Yo pensaba: ¡Ay, si yo no le he dicho a nadie que este chico me gustaba! ¿Y cómo habrá sido que ha venido a bailar conmigo? Y luego, cuando empezamos a salir, nos contamos los dos lo que habíamos pensado el uno del otro. Y él me decía:

*"Todos los enamorados se enamoran en el baile,
yo me enamoré de ti yendo a por agua una tarde".*

Yo le contesté:

*"Todos los enamorados se enamoran en el baile,
yo me enamoré de ti viniendo de la era una tarde".*

Cuando terminó el permiso y tuvo que volver a la mili, Fidel al despedirse me decía que me iba a escribir pero yo no quería porque mi hermana Angelines se enteraba de todo y todo lo exploraba, seguro que me iba a encontrar las cartas aunque las guardara debajo de un ladrillo. Él hacía la mili en Hoyo de Manzanares en Madrid. Venía a verme en los permisos y cuando se licenció volvió al pueblo.

Nos hemos querido mucho y hemos sido muy felices. Hemos tenido un hijo y una hija Fidel y Angelines. Mi marido, siempre me ha ayudado en todo.

El día que nació mi hijo Fidel (21 de agosto de 1957) había otros dos partos en el pueblo, M^a Paz, la Reina, que era la mujer que nos ayudaba en el parto y a recoger a los niños, ese día no daba abasto, iba de la casa de una parturienta a la de otra y luego a visitar a la tercera, así que cuando vino el niño al mundo, fue mi marido el que lo recogió con una toallita que teníamos preparada. Y eso no se nos ha olvidado nunca.

Cuando los niños eran pequeños los llevábamos a casa de algunas mujeres que los cuidaban, eran como las guarderías de entonces. Yo llevaba a mi hijo a una señora que se llamaba Ángeles, era cojita, cantaba canciones a los niños y les entretenía mientras las madres trabajábamos. Luego me cambié de casa, de la Plaza La Cilla nos fuimos a Cantarranas, allí había un vecino que estaba enfermo, que se llamaba Valeriano y su mujer Sole, para ganarse un dinerillo recogían a los niños y los entretenían, allí llevé yo a los míos. Le pagábamos siete pesetas por cada uno al mes, yo aprovechaba ese rato para ir a lavar a la Fuente Blanca.

*Mi marido y yo nos
hemos querido
mucho y hemos sido
muy felices.*





Beatriz Díaz Bodas

Nací el 23 de marzo de 1936 en Aldeanueva de Barbarroja. Mis padres se llamaban Antonio Díaz y Jacinta Bodas.

Nací en la calle Canaleja, en la casa de mis abuelos maternos, vivíamos allí con ellos. Éramos cinco hermanos: M^a Luisa, la mayor, luego yo, después Pilar, Gregorio y Piedad. Cuando era pequeña, en la calle Canaleja tenía muchas amigas, nos pasábamos el día jugando en las calles, corriendo, jugando a las chinas, al cuque, a la sogá...

Lo pasábamos estupendamente. Pronto nos cambiamos a la calle de La Iglesia, allí estuvimos viviendo con mi abuela muchos años, hasta que mi padre compró una casa en Cantarranas y nos cambiamos a vivir allí. Así que en mi infancia viví en tres casas diferentes.

De pequeña estuve un tiempo en "El Alijar", allí tuve una amiga que se llamaba Maruja, lo pasábamos fenomenal, jugábamos en los árboles. Allí estábamos con tío Juan. ¡Qué felicidad! ¡Qué bien lo pasábamos!. Luego pasados los años cuando íbamos a Talavera siempre iba a ver a Maruja y a su madre, la señora Josefa, recuerdo que tenía un patio lleno de flores y un pozo precioso.

Cuando éramos pequeñas no teníamos juguetes, entonces jugábamos con cualquier cosa que hubiera, piedras, flores, palos,...Por ejemplo, a mi hermano Goyo le hacíamos como un carro para jugar y M^a Luisa, que era muy apañada, le hacía unos costales.

Por las noches nuestros padres nos contaban historias y también nos contaban cosas que habían pasado en la guerra, dónde habían estado, cómo lo habían pasado.

Cuando cumplí los dieciseis años, me fui a Madrid con una prima mía por parte de madre, a aprender Corte y Confección.

Allí estuve unos meses y cuando regresé al pueblo puse mi taller de costura. El taller me iba muy bien, muchas chicas venían a aprender conmigo. Siempre teníamos mucho trabajo. Y así durante muchos años. Aún sigo cosiendo con la edad que tengo.

En esta época me enamoré de Pío, mi compañero, nos casamos y tuvimos dos hijos: José María y Ángel. Los dos han estudiado, uno hizo Derecho y el otro Magisterio, aunque luego se dedicó a la empresa, que le iba mejor.

Yo trabajé mucho para que ellos pudieran estudiar.



De izquierda a derecha: Ester, Beatriz y Pili

También recuerdo que íbamos a lavar a la Fuente Blanca para tener bien limpia la ropa de toda la familia. Sobre los años 70, compramos la primera lavadora, recuerdo que se la compramos a Juan García, el marido de Araceli y eso fue un gran descanso.

Hasta que no hubo agua corriente en las casas no podíamos tener lavadora por eso íbamos a lavar a la Fuente Blanca, pero en cuanto tuvimos agua en las casas todo cambió y el tener lavadora fue un gran avance, antes teníamos que llevar la ropa al cuadril hasta la Fuente Blanca y teníamos que dejar a los niños en casa, que o los dejabas dormidos echados la siesta o con alguien que los cuidara, yo los dejaba con mi suegra. Pero era un sacrificio muy grande, había que ir y venirse corriendo porque te necesitaban. En verano mal que mal era más llevadero, pero en invierno traerte la ropa mojada al cuadril era mucho peso. Cuando llovía lavábamos en casa, llevábamos el agua en cántaros de la fuente o de los pozos con un burro y cuatro aguaderas.

El agua para beber lo cogíamos de la fuente de la plaza con un canuto y un cántaro, metías el canuto de caña al cántaro hasta que se llenaba y luego con él al cuadril hasta tu casa. Cuando éramos pequeñas íbamos mi hermana M^a Luisa y yo con una cantarilla a por agua y teníamos que echar muchos viajes para que hubiera suficiente agua en casa.

De pequeña fui a la escuela y algo aprendí, lo suficiente para poder estudiar Corte y Confección cuando cumplí los dieciséis años. También de joven me saqué el carnet de conducir. Yo podría haber aprendido más, pero en aquella época las maestras tenían cuarenta niñas en clase, tenían bastante y nosotras con pocas ganas de aprender, teniendo en cuenta que también teníamos que ayudar a nuestras madres cuidando a los hermanos pequeños, pues la verdad, mucho interés tampoco teníamos. A la escuela llevábamos el Catón y poco más.

También recuerdo las comidas de entonces, por las mañanas se solían almorzar sopas, migas o patatas, al mediodía cocido, por las noches en verano tomate frito, gazpacho... y en invierno ajo cano. A los niños pequeños nos daban leche para desayunar, nos hacían puches dulces: harina con leche, unos anises y un poquito de azúcar. Cuando crecíamos pasábamos del desayuno al almuerzo. Para las meriendas a los niños nos daban un trozo de pan con chorizo, queso, pan con aceite y azúcar, también pan con vino y azúcar. Yo en el recreo del colegio iba a casa de mi abuela y me daba pan con vino y azúcar.

Cuando nuestros hijos eran pequeños les hacíamos papillas de Maizena, Pelargón no porque era muy caro. La gente fina decía que se había criado con Pelargón.

También a los niños se les daba la nata de la leche con azúcar, los calostros, el suero de los ovejas, mi madre ponía la cuajada de la leche de oveja, con los polvos y azúcar y lo movía bien.

De dulces las madres hacían arroz con leche, natillas, pestiños, rosquillas, flores, mantecados (con la manteca de cerdo) y perrunillas.

Aquí afortunadamente nunca nos faltó el aceite, como teníamos olivas teníamos aceitunas, las llevábamos al lagar, el aceite que se producía nos lo teníamos que llevar a casa y allí se guardaba en grandes zafras a las que teníamos que subir con una escalera para echar el aceite y en la parte de abajo tenían un grifo. Una parte del aceite se la vendíamos a las personas que no tenían olivares. En aquella época se utilizaba mucho el trueque, de Aldeanovita venían con los peros y los cambiaban por garbanzos que ellos no tenían.

También hacíamos aguamiel: se cocía la calabaza, se echaba azúcar y se ponía morenito otras veces se echaba miel y luego lo echábamos en el pan. La Anuncia la hacía muy rica.

Los tostones se los comprábamos a tía Isabel "La Tabica", nosotros llevábamos el recipiente con los garbanzos colmado y ella nos daba los tostones con el recipiente raso, la ganancia para ella era el colmo.

*Cuando éramos
pequeñas no
teníamos juguetes,
entonces jugábamos
con cualquier cosa
que hubiera, piedras,
flores, palos...
¡Qué felicidad! ¡Qué
bien lo pasábamos!*





Obdulia Velasco Fernández

Nací el 10 de abril de 1936, en Aldeanueva de Barbarroya. Mi padre se llamaba Marcial Velasco y mi madre Agustina Fernández.

Nací en casa de mi abuela en la calle La Paloma. Tuve una infancia bastante feliz. Yo era la mayor de cuatro hermanos, mis hermanos eran Emilia, Luis y Aurora.

Como nací y al poco tiempo empezó la guerra, mi madre y yo nos quedamos en casa de mi abuela porque mi padre se tuvo que ir a la guerra.

Mi madre ordeñaba las vacas en casa de mi abuela y yo siempre estaba sentada a su lado, dicen que es malo beber la leche cruda, pero a mí siempre me han contado que según mi madre ordeñaba la vaca yo me tomaba un vaso de leche y gracias a Dios me crie bien. El trabajo de mi madre era ayudar en casa de mi abuela y yo no me separaba de ella. En aquella época de guerra tanto los abuelos maternos como los paternos nos ayudaron mucho y nos daban todo lo que tenían.

Al terminar la guerra nos cambiamos a una casa que era de mi abuelo y que luego nos tocó a nosotros, estaba en la calle Zorrilla y allí viví hasta que me casé.



Allí nos juntábamos con otros niños y niñas de la cuesta y de ese barrio, ya era amiga de Cecilia y Jesusa que éramos vecinas y nos hemos querido siempre mucho. Hoy en día seguimos siendo vecinas y amigas.

Cuando éramos pequeñas hacíamos teatro y en la escuela también lo hice varias veces con Don Nicolás, que era quién nos preparaba. Yo era un poquito vergonzosa, pero intentaba hacerlo bien. Recuerdo que una vez hice de catalana y mi madre me hizo unos guantes con un velo que teníamos.

Yo fui mucho tiempo a la escuela, siempre me gustó mucho, sobre todo las Matemáticas. Me gustaba y me sigue gustando mucho leer, de vez en cuando veo la televisión, pero prefiero leer el periódico o un libro, la verdad es que en casa a todos nos gusta leer.

A los diecinueve años conocí a Vitorino, mi marido, de una manera muy curiosa. Me escribió una carta, cuando la leí me hizo mucha ilusión porque me parecía un chico muy guapo. Él no esperó a que le contestara por carta, esa misma tarde estaba en la plaza esperándome, porque en aquella época la diversión era ir a la Plaza de España y pasear arriba y abajo por ella, yo estaba paseando con una amiga cuando él se acercó a nosotras y como yo ya sabía por donde venían los tiros, me dio un vuelco el estómago de los nervios.

Luego estuvimos paseando un rato, me vino a acompañar a casa y empezamos nuestro noviazgo, que duró unos cinco años.

Antes de casarnos nosotros, las bodas se celebraban en las casas y eso era un trabajo muy grande para la familia. Cuando yo me casé mi madre buscó a una mujer que se llamaba tía Petra la "Piñas" que cocinaba muy bien, ella hizo la comida en el Salón de Vitoria, que ya allí se celebraban bodas. Vitoria había comprado una vajilla y así no había que llevar la vajilla de casa. Recuerdo que cuando yo era pequeña y me llevaban a las bodas de mis tíos, se ponía un azafate de porcelana y allí comían tres o cuatro personas. Años después, cuando se casaron mis primas, nos pedían los platos a la familia y los marcábamos por detrás con esmalte de uñas con una inicial para reconocerlos luego.

Las bodas de antes duraban mucho, se empezaba cenando todos los invitados en casa la noche antes, por la mañana dábamos el desayuno, luego la comida de la boda, que en nuestro caso fue pollo y estaba riquísimo, por la noche cenábamos y al día siguiente era costumbre ir a ver a la Virgen del Espino. Nosotros fuimos a la ermita a rezar el rosario y al regresar al pueblo tuvimos otra comida.

En mi época ya no se bailaba el ramo, pero recuerdo que cuando era pequeña era costumbre ir a ver a las que se casaban y en su barrio bailaban el ramo (la gente bailaba con la novia y les daban dinero, para ayudar al matrimonio a empezar la nueva vida). También era costumbre que la novia fuera vestida con el traje de boda visitando la casa de la familia y de los vecinos para recoger un dinerillo. En nuestra época el vestido de novia era blanco, anteriormente muchas vestían de negro. Para las familias una boda era mucho gasto, en mi caso yo me casé el 29 de septiembre de 1961 y mi hermana Emilia, que era dos años más joven que yo, se casó el 12 de octubre del mismo año, así que a mi madre, pobrecita, le pegamos una paliza, porque había que preparar las celebraciones, las comidas...

Los ajuares los habíamos preparado las dos a la vez, toda la ropa la habíamos hecho nosotras (ropa de cama, manteles, ropa nuestra, etc). Tanto Emilia como yo sabíamos coser, yo había trabajado varios años en el taller con Bea y mi hermana aprendió Corte y Confección en Madrid (vivía en casa de una tía nuestra), así que las dos nos hacíamos la ropa y luego las de nuestros hijos. Yo a mis niñas les hacía toda la ropa, como se llevan muy poco tiempo las vestía iguales. Era mucho más económico hacer nosotras la ropa de la familia que comprarla hecha.

Teníamos máquina de coser, que era de mi madre, una Singer, que me tocó a mí en herencia y la sigo teniendo, es con la que he cosido siempre. Mi madre valoraba mucho su máquina de coser porque en aquella época era un esfuerzo muy grande el que había que hacer para comprarla.

En el pueblo siempre ha habido mujeres que tenían talleres de costura y enseñaban a coser a las jóvenes, como tía Vitorina, que ya era mayor, Teresa Gayarre y Vicenta Ramalla que al igual que Fermina eran pantaloneras, ellas cosían con máquinas de manivela.

También hemos tejido mucho con dos agujas (jerseys, etc.) y con cinco agujas para hacer los calcetines (toda la vida he visto a mis abuelas y a mi suegra haciendo calcetines).

Cuando me casé viví con mi suegra toda la vida hasta que falleció, los últimos ocho años con Alzheimer. Mi marido me ayudaba mucho con ella, fue una época muy dura porque teníamos que estar pendientes de ella en todo momento porque tendía a salirse a la calle.

En el campo he trabajado poco, alguna vez he ido a coger aceitunas con mis padres, porque al ser Vitorino, mi marido, carpintero, no hemos trabajado en el campo. Él trabajaba en la carpintería y yo en la casa.

Pero recuerdo a mi tía María que ella trabajaba cuidando las vacas, su marido estaba en el campo y ella se encargaba de los animales, de darles de comer, de ordeñarlas...y cuando terminaba cosía, a ella le gustaba mucho coser, le hacía la ropa a su familia y también cosía a los manteles para los de Lagartera, de noche y de día, y así ayudaba en su casa para que sus dos hijos pudieran estudiar una carrera.

Las mujeres a base de sacrificarse y de trabajar mucho, sacaban adelante sus familias.

Muchas mujeres vendían la leche por las casas, hasta que vinieron las lecheras recogiendo la leche por las noches. Aquí en Aldeanueva siempre ha habido vacas y también ovejas, con la leche de las ovejas hacíamos quesos en las casas, para el gasto de las familias y también algunos para vender. Yo me acuerdo que en casa de mis abuelos se juntaban mi madre y mis tías y hacían seis o siete quesos de una vez, los hacían a mano, con los cinchos, se hacían en los queseros, luego se guardaban en las fresqueras para que las moscas no los estropearan. Mi madre nos ponía la cuajada de la leche de oveja con los polvos y azúcar, lo movía bien, eso se cuajaba y lo comíamos mucho de postre, estaba buenísimo. Para conservar los quesos más tiempo los metían en aceite. Cuando llegaron los frigoríficos fue un gran avance, al principio teníamos neveras que había que comprar el hielo y meterlo dentro para que estuviera frío.

Luego con los frigoríficos cambió todo a la hora de conservar los alimentos. Es igual que el lavar, antes lo lavábamos todo a mano en las pilas, yo a la fuente fui poco, pero mi madre sí. Recuerdo que cuando salíamos de la escuela, como yo era la mayor, me iba a buscarla a la Fuente Blanca y mi hermana se quedaba en la casa al cuidado de los hermanos pequeños. Yo ayudaba a mi madre a traer la ropa lavada porque el cesto de lo mojado pesaba mucho. Luego más adelante teníamos una pila en el patio con un lavadero de madera y con agua que traía mi padre lavábamos la ropa. Entonces lo primero que había que hacer a la ropa era mojarla y darle bien con el jabón (que hacíamos con sosa en casa aprovechando los restos de aceite), luego poníamos la ropa al sol para que se quitaran las manchas y después de un rato ya lo lavábamos y aclarábamos.

Cuando llegaron las primeras lavadoras yo me compré una, era de motor, eléctrica, de las que se abrían por arriba y había que sacarle el agua. y aunque eran más trabajosas que las de ahora eran un gran avance. Yo la compré cuando mis niños eran pequeños. Yo he tenido cuatro hijos: Santiago, Sonia, Cristina y Carolina. Con los niños pequeños era mucha la ropa que había que lavar.

Tengo una familia estupenda, mi marido, mis cuatro hijos y mis cuatro nietos. Estoy muy orgullosa de ellos.

*Las mujeres a base
de sacrificarse y de
trabajar mucho,
sacaban adelante
sus familias.*





María Propín García

Nací el 3 de agosto de 1944, en Aldeanueva de Barbarroya. Mi padre se llamaba Leandro Propín y mi madre Segunda García.

Es un honor contar mi historia a esta gran Asociación de Mujeres "La Alegría" y un privilegio poder contar mis vivencias, las que espero y deseo sean del agrado de los lectores.

Soy María Propín García nací en Aldeanueva de Barbarroya provincia de Toledo el 3 de Agosto de 1944.

Os contaré de manera breve que tuve una infancia feliz y bonita en la que no había variedad de juguetes pero sí la existencia de unas muñecas de trapo que hacían las abuelas y con las que nos entreteníamos y ocupábamos nuestro tiempo de una manera muy gratificante.

Ya de más mayor pasaba una parte del tiempo trabajando en el campo, sobre todo recogiendo aceitunas. También cosía manteles. De esta época guardo bellos recuerdos de gran plenitud.

En la Nochebuena de 1960 conocí al que ha sido el hombre de mi vida y el padre de mi hija. Él iba a tocar la zambomba con mi hermano Alejandro y me preguntó si iba a salir al baile, mi respuesta fue que ignoraba si me dejarían.



María y Angel

Pero aquella noche estaba marcada en mi vida y salí al baile de Tía Vitoria, al llegar allí estaba el hombre que significaría tanto en mi vida D. Angel Pino Villanueva. Allí bailamos y comenzó lo que se puede llamar un noviazgo que duró seis años, cargado con todos los valores de esa época, amistad, respeto, etc. Me acompañó a casa donde posteriormente me sentía la mujer más feliz del mundo tras la noche pasada.

El 23 de Julio de 1966 nos casamos en Villaverde Alto en Madrid. Fue un día único, rodeados de gran familia, poco sabía entonces de cómo pasaríamos la luna de miel.

Al día siguiente comenzaba nuestra andadura yendo al pueblo, cuál fue mi sorpresa al llegar allí que me encontré con que tenía la lana que me había dado mi hermano Julio de sus ovejas para hacer el colchón de la cama. Ese era su regalo.

De manera que al día siguiente de llegar al pueblo, cogimos el burro de mi suegro, cargamos la lana y fuimos a lavarla al Pocillo del Angel. Allí pasé lo que sería mi segundo día de luna de miel desde las 7:00 de la mañana hasta las 19:00 de la tarde con la compañía y ayuda de mi cuñada Mari Luz y mi marido Angel, lavando la lana para el futuro colchón.

Regresamos al pueblo, dejamos secar la lana durante dos días e hicimos el colchón para llevárnoslo a Villaverde que es donde vivíamos.

Quiero destacar el confort a la hora del descanso que nos proporcionaba el colchón de lana al que había que mullirle cada mañana y moverle con ganas cada vez que hacía la cama para obtener el mejor de los resultados. Así la lana estaba suelta y aireada.

A mis años y según ha pasado el tiempo, la experiencia me ha proporcionado la certeza y sabiduría de que la felicidad la hacemos las personas con los valores propios de aquella época y no el estar rodeados de cosas materiales. Al final de nuestra andadura las cosas materiales se quedan aquí.

Sí llevaré conmigo la felicidad de esa Nochebuena, de esa lana y de los años 53 años de matrimonio compartidos con el otro protagonista de esta historia D. Ángel Pino Villanueva.

*Me llevaré conmigo
la felicidad de esa
Nochebuena, de esa
lana y de los
cincuenta y tres
años de matrimonio
compartidos con el
otro protagonista de
esta historia D.
Ángel Pino
Villanueva.*





Amancia González Heras

Nací el 18 de noviembre de 1948, en Aldeanueva de Barbarroya. Mis padres se llamaban Federico González Bodas y Felisa Heras Muñoz

Algunos de vosotros tal vez recordéis que a finales de los años 50 vino a visitar el pueblo el Señor Gobernador Civil, como era costumbre venía acompañado de un pequeño séquito de unas ocho o diez personas, entre otras cosas y con el fin de agasajarle, propusieron que las niñas y niños de las escuelas hiciéramos una representación teatral.

Para ello se improvisó en la Plaza de España una tribuna para las autoridades; el lugar donde se puso fue a la altura de la casa de Lore. Estaba hecha con tablas y sobre ella se pusieron las sillas con el fin de que el Señor Gobernador y sus acompañantes lo vieran mejor. La gente del pueblo lo vería desde los bancos de la plaza y parte alta de la calle, ya que la actuación se hacía en el suelo de la plaza.

Una vez instaladas las autoridades en sus asientos, la gente que estaba en la calle empezó a subir a la tribuna ocupando el espacio que dejaban libre las sillas. Recuerdo que decían;

– ¡Que no suban más, que esto se va a hundir!

– Que no suban más, que esto se hunde.

Pero seguían subiendo. Y efectivamente, llegó un momento en el que se oyó un gran estruendo. Aquello se hundió.

Yo miré hacia donde venía el ruido y ya no vi ni sillas ni autoridades, sólo brazos y piernas por alto y un hoyo donde había desaparecido la tribuna.

Con el jaleo, la gente que ocupaba los bancos de piedra y la parte alta de la calle, huyendo del ruido se colocó en medio de la plaza donde estábamos los críos que íbamos a actuar.

El lío fue tal que yo, que hacía de San José, con un capisayo marrón, una garrota y una barba hecha con vedijas de lana y sujeta a la cara con una cuerda, perdí la barba y no hubo forma de encontrarla. Recuerdo a Merce que hacía de pastor, buscando un pololo o pantalón que también le había desaparecido en el tumulto.

Con este desconcierto y mientras los de la tribuna trataban de salir del foso, recomponerse y recobrar la compostura los críos no dejábamos de reír y armar jaleo. Al final y pasado el susto, los mayores también se lo tomaron con humor. ¡Qué remedio!

Nunca olvidé la actuación ante el Señor Gobernador, pero seguro que el Señor Gobernador, tampoco la olvidó.



Amparito Rivas López

Nací el 17 de agosto de 1951, en Aldeanueva de Barbarroya. Hija de Daniel Rivas y de Simona López.

Mi nombre es M^a del Amparo, aunque todo el mundo me conoce por Amparito, mis raíces son de Aldeanueva de Barbarroya, mis antepasados fueron nacidos aquí y me considero una aldeanovana más, muy orgullosa por ello.

Para colaborar con el proyecto "Historias de mujeres" llevado a cabo por la Asociación de Mujeres "La Alegría" he decidido contaros una parte de mi historia, una breve pincelada de lo que he vivido en cuarenta y nueve años.

Estos son los que a día de hoy llevo casada con Enrique Juárez, nacido también en nuestro querido pueblo. Su oficio: ganadero y agricultor, de estas actividades está más identificado con ganadero, las ovejas han sido de siempre su ganado y a ellas ha dedicado toda su vida.

Me casé el día 18 de marzo de 1971.

El día 2 de marzo de 1972 nació mi primer hijo, un niño, Luis Enrique.

El día 16 de mayo de 1975 nació mi segundo hijo, una niña, Belén.



Amparito con Daniel, su padre

Al casarnos, Enrique estuvo cinco años trabajando de obrero con su padre, al jubilarse mi suegro, Enrique se estableció por su cuenta, se hizo autónomo, compró ovejas, arrendó los pastos de Retamosillo, una finca situada entre Retamoso y Torrecilla de la Jara.

Siendo ganado de pastoreo, necesitaba ayuda y contrató a un pastor, este señor sólo estaba de día, de noche se iba a su casa, quedándose Enrique solo por la noche. Esto a mí me preocupaba tanto que tomé la decisión de irnos los niños y yo a vivir al campo. Belén tenía cinco meses y Luis Enrique tres años y medio, cuando éste cumplió los cuatro años y para que pudiera ir al colegio se quedaron mis padres con él en el pueblo. Después cuando los niños fueron más mayorcitos solicitamos plaza para que estuvieran juntos en un internado.

El tiempo pasaba, lo que yo creía que serían unos pocos años se fueron alargando, en total fueron catorce años viviendo en fincas, estuvimos también en una finca llamada Buenas Vistas y en otra llamada El Quejigal.

En estos años, mi marido era pastor y yo pastora cuando hacía falta, ayudando siempre lo que podía. Lo puede corroborar D. José Bodas, pues siendo Diputado en uno de sus viajes a Espinoso del Rey tuvo ocasión de verme.

Siendo pastores de ovejas lo lógico es que hiciéramos quesos, y así fue. Comencé haciendo quesos y tan buena aceptación tenían que vendía todo lo que hacía, por la mañana y por la noche.

La publicidad me la hacían los que me compraban los quesos. Unos iban a la finca a por ellos, a otros se los llevaba yo cuando iba al pueblo. Un día sí y otro no, iba al pueblo a comprar alimentación y pan. Esto lo hacía al principio conduciendo sin carnet. Había aprendido a conducir, pero aunque nunca tuve ningún percance, sabía que eso era peligroso y me decidí a tener el carnet en toda regla, lo conseguí y ya podía salir con el coche con toda tranquilidad. Como he comentado anteriormente, pasados los catorce años de vivir en el campo, nos instalamos con nuestras ovejas en Aldeanueva, compramos un establo y nos vinimos a vivir a la casa que habíamos construido. Aquí en el pueblo yo seguía con mi oficio de "quesera", siempre trabajando con mucha higiene y preocupada porque ningún cliente tuviera algún problema con mis quesos. Después de mucho pensarlo y de informarme en distintos organismos, instalamos una quesería en casa, pues teníamos espacio suficiente para tal fin. Siendo la elaboración diferente. Pasteurizando la leche, está claro que daba más garantía y calidad al queso. La producción estaba supervisada por Sanidad.



Amparito y Enrique

La quesería ha supuesto para mí mucho sacrificio y trabajo a la vez que muchas satisfacciones.

Ha sido un trabajo de diecisiete años, pero como todo, tiene un final, ha llegado la hora de jubilarme. Ahora comienzo un ciclo distinto.

Estoy orgullosa de haber sido una mujer trabajadora, doy gracias a Dios por ello.

La quesería ha supuesto mucho trabajo y muchas satisfacciones. Estoy orgullosa de haber sido una mujer trabajadora.





Abuelos de Cecilia Juárez con sus hijos



Abuela de Cecilia Juárez



De izquierda a derecha: Benita, María, Daniel, Simona y Vitoria. (Paces 1934)



Ramón Ramírez y sus primos.



Victoria Jiménez y su hermano Emiliano



Victoria Jiménez



De izquierda a derecha: Eutimia, Victoria Jiménez, Aurelia con su biznieta y Pili.



De izquierda a derecha, de pie: Agustina Fernández con su hijo Luis en brazos, Pilar, María, Enrique (hermanos de Agustina) Margarita (madre de todos los adultos) y Aurora (hermana de Agustina)
Sentadas: Obdulia Velasco, Marianita y Emilia Velasco



Obdulia Velasco y su hermana Emilia



Asunción "La Moraleja" con Obdulia Velasco



Cecilia con su hijo Fidel y
Jesusa con su hijo Eugenio



Andrea Jiménez con sus hijos y
su yerno Antonio



Familia de María Fernández



Eutiquio, M^a Santos, Simona, Alejandra, Gregoria,
Nicolasa, Marciana, Justa, Sagrario, Pilar, Nicolasa



Simona López

